

FUENTES

SAN MÁXIMO EL CONFESOR: *CENTURIAS SOBRE LA CARIDAD*³⁶

Segunda centuria

1. El que ama sinceramente a Dios, ora sin ninguna distracción, y el que ora sin ninguna distracción ama sinceramente a Dios. No ora sin distracción quien tiene su espíritu apegado a algo terreno; luego, tampoco ama a Dios quien tiene el espíritu atado a algo terreno.
2. Si el espíritu se entretiene con un objeto sensible, ciertamente es porque alguna pasión, la concupiscencia, la tristeza, la ira o el rencor, lo inclina hacia él. Mientras no lo desprecie, no podrá librarse de esta pasión.
3. Cuando las pasiones dominan al espíritu, lo atan a las cosas materiales haciéndolo ocuparse de ellas y lo alejan de Dios. Pero cuando es el amor de Dios el que domina, éste nos libra de las ataduras y hace que despreciemos no sólo las cosas sensibles sino aún nuestra misma vida temporal.
4. El efecto de los mandamientos consiste en hacer “simple” las representaciones de las cosas. El de la lectura y de la contemplación es volver el espíritu “inmaterial” y libre de formas. De ahí se sigue la oración sin distracción.
5. La vida activa no basta para librar perfectamente al espíritu de las pasiones hasta el punto de permitirle poder orar sin distracción, si no es seguida de las diversas contemplaciones espirituales. Aquella, en efecto sólo libera al espíritu de intemperancia y del odio; éstas, en cambio, apartan del olvido y de la ignorancia, de modo que podrá orar como conviene.
6. Dos son los estados más altos de la oración pura: uno el de los activos y otro el de los contemplativos. El primero nace en el alma del temor de Dios y de la santa esperanza, y el segundo de un ardiente amor a Dios y de una altísima purificación. Es índice del primer estado el hecho de que el espíritu se aparta de todo pensamiento del mundo y haga oración sin distracción ni perturbación en la presencia de Dios, pues Él está, en efecto, presente. Es índice del segundo, el que el espíritu sea raptado en el mismo ímpetu de la oración por la luz infinita divina; y que pierda conciencia de sí y de los otros seres, excepto de Aquel que, por la caridad, opera en él esta iluminación. Entonces, al acercarse a las nociones (profundas) acerca de Dios, recibe representaciones puras y claras de Él.
7. El que ama algo, se entrega completamente a ello y no se arredra ante ninguna dificultad para no ser privado de ello. El que ama a Dios se entrega a la oración pura, y aparta de él toda pasión que la obstaculice.
8. Quien rechaza el amor de sí mismo (*philautía*), que es la madre de todas las pasiones, con la ayuda de Dios arrojará de sí los otros: la ira, la tristeza, el rencor, etc. Pero el que cede a lo primero, es herido por lo segundo, aunque no lo quiera. Llamo amor de sí mismo a la pasión que tiene por objeto el cuerpo.

³⁶ Traducción: P. Pablo Saenz, osb. Monasterio de San Benito Luján – Argentina.

9. Los hombres suelen amarse entre sí por cinco razones, buenas o malas: 1. Por Dios: como ama el justo a todos, y también, el que todavía no es justo, al justo. 2. Por inclinación natural, como recíprocamente se aman los padres y los hijos. 3. Por vanidad, como ama el que es alabado a aquel que lo alaba. 4. Por interés, como el que ama al rico por lo que recibe de él. 5. Por amor al placer, como los que sirven a su vientre o a su bajo vientre. La primera razón es digna de alabanza, la segunda, indiferente, y las demás están viciadas por la pasión.

10. Si te sucede que odias a alguno, a otros ni amas ni odias, a otros amas pero poco, y a otros amas intensamente, reconoce en estas diferencias que estás lejos de la perfecta caridad que manda amar igualmente a todos los hombres.

11. “Apártate del mal y obra el bien” (*Sal 26,27*). Es decir: pelea contra los enemigos, las pasiones, para debilitarlas, y luego vigila para impedir que crezcan. O también: pelea para conquistar las virtudes y vigila para conservarlas. A esto se refiere sin duda este “trabajar” y “conservar”.

12. Aquellos a quienes Dios permite tentarnos, o inflaman la parte concupiscible del alma, o exacerban la parte irascible, o entenebrecen la razón, o agobian el cuerpo con dolores, o destruyen las cosas materiales.

13. Los demonios o nos tientan por sí mismos, o incitan contra nosotros a hombres sin temor de Dios. Por sí mismos, cuando vivimos alejados de los hombres, como sucedió con el Señor en el desierto; por medio de otros hombres cuando vivimos con ellos como sucedió al Señor con los Fariseos. Nosotros, con los ojos fijos en nuestro modelo, rechazamos a unos y otros.

14. Cuando el espíritu comienza a crecer en el amor de Dios, el demonio comienza a tentarlo para que blasfeme, y le sugiere tales pensamientos que no se le ocurrirían a ningún hombre sino sólo al diablo, su padre. Hace esto porque tiene envidia del amigo de Dios y pretende desesperarlo con tales pensamientos para que no se anime a ascender a Dios por las oraciones acostumbradas. Pero nada de esto le sirve al maldito para conseguir su finalidad, pues sólo consigue hacernos más fuertes. Al ser atacados, contraatacamos, y nuestro amor de Dios se vuelve más profundo y más sincero. “Que tu espada le atravesase el corazón, y que los arcos se quiebren” (*Sal 36,15*).

15. Cuando el espíritu considera las cosas sensibles, las conoce naturalmente a través de los sentidos. El espíritu, en sí, no es malo, ni tampoco lo es el conocimiento natural, ni las cosas, si el sentido, puesto que son obra de Dios. ¿Qué es, entonces lo malo? La pasión que se adhiere al conocimiento natural, y que el espíritu, si es vigilante puede eliminar de las representaciones que tiene.

16. La pasión es un movimiento antinatural del alma de amor irracional o de odio injustificado, hacia un objeto sensible o a causa de éste. Por ejemplo, amor irracional hacia la comida, hacia una mujer, hacia las riquezas, hacia la gloria pasajera, hacia cualquier objeto visible, o también hacia otras cosas, a causa de éstos. También odio injustificado hacia alguna de las cosas que dijimos, o hacia alguna otra por causa de ellos.

17. La malicia está también en el falso juicio en las intenciones al que sigue el mal uso de las cosas. Así, por ejemplo, el recto juicio que rige las relaciones con la mujer, pide que éstas tengan por fin la procreación. Si uno considera como fin la voluptuosidad, erraría en el juicio tomando por bueno lo que no es bueno. Ese tal abusaría de la mujer uniéndose a ella. Lo mismo sucede con cualesquiera otras cosas o intenciones.

18. Cuando los demonios asedian tu espíritu con pensamientos de lujuria para atacar la templanza, entonces dile al Señor con lágrimas: “Avanzan sobre mí y me cercan” (*Sal 16,11*),

“Oh, mi gozo, librame de los que me asedian” (*Sal 31,7*), y serás salvo.

19. Es terrible el demonio de la lujuria, y ataca con vehemencia a los que luchan contra esta pasión, sobre todo cuando descuidan la ponderación en la comida o con ocasión de encontrarse con mujeres. Insensiblemente invade el espíritu con la dulzura del placer para atacarlo luego en sus recuerdos cuando está solo, inflamando su cuerpo y suscitando toda clase de imágenes en el espíritu. Así solicita el consentimiento al pecado. Si quieres que estas imágenes no permanezcan en ti, entrégate al ayuno, al trabajo y a la vigilia y vive en la soledad en continua oración.

20. Los permanentes opresores de nuestra alma tratan de hacerla caer en pecado de pensamiento o de otros por medio de pensamientos cargados de pasión. Cuando se encuentran con un espíritu que no los acepta huyen avergonzados; y ante un espíritu que se entrega a la contemplación espiritual, escapan amedrentados muy rápidamente.

21. Es como un diácono aquel que unge su espíritu para los santos combates y rechaza los pensamientos cargados de pasión. Es como un sacerdote el que lo ilumina con la ciencia de los seres y destruye la falsa ciencia. Es como un obispo el que lo lleva a la perfección por la santa unción del conocimiento de la Santa Trinidad.

22. Los demonios pierden su vigor cuando, gracias a la observancia de los mandamientos, se debilitan en nosotros las pasiones. Y están perdidos cuando, por fin, por medio de la paz interior del alma son destruidas, pues ya no encuentran en ella aquello que les permitía atacarla. Este será el sentido del salmo: “Han perdido su fuerza y perecen ante tu rostro” (*Sal 9,4*).

23. Hay hombres que se apartan de las pasiones por temor humano, otros por vanagloria; otros por dominio de sí mismos. Otros, en fin, son librados de las pasiones por disposición divina.

24. Todas las palabras del Señor pueden reducirse a estas cuatro clases: mandamientos, enseñanzas, amenazas y promesas. Por ellas soportamos el duro combate: ayunos, vigiliias, dormir en el suelo, trabajos y molestias en el servicio, injurias, detracciones, suplicios, muerte, y cosas semejantes. Se ha dicho, en efecto: “Por las palabras de tus labios he soportado los caminos ásperos” (*Sal 16,4*).

25. El premio del dominio de sí es la paz interior, y el de la fe, el conocimiento. Y la paz interior produce el discernimiento, y el conocimiento, el amor de Dios.

26. El espíritu que está en la vida práctica, si camina con rectitud progresa en la prudencia; si está en la vida contemplativa, progresa en el conocimiento. La primera, en efecto, le enseña al luchador a distinguir el vicio de la virtud; la segunda lleva al que la posee al sentido profundo de los seres corporales e incorporeales. Pero recién se es digno de la gracia teológica, cuando se ha atravesado en alas de la caridad todo lo antes enumerado, y se está ya en Dios. Entonces conoce sus atributos, por el Espíritu Santo, en cuanto le es posible conocerlos a un espíritu humano.

27. Cuando te entregues al estudio de Dios no quieras llegar hasta su esencia (pues es imposible para todo espíritu humano como para cualquier otro espíritu inferior a Dios), sino investiga cuanto puedas sus atributos, como lo son su eternidad, su infinitud, su inmensidad, su bondad, su sabiduría, su poder que crea, gobierna y juzga los seres. Porque, entre los hombres, es un gran teólogo aquel que llega a descubrir algo de estos atributos.

28. Es un varón poderoso aquel que une la vida práctica con la *gnosis* (conocimiento). Por aquélla refrena la concupiscencia y domina la ira; por ésta, su espíritu vuela y emigra hacia Dios.

29. Cuando el Señor dice: “Yo y mi Padre somos uno” (*Jn 10,30*), indica la identidad de la esencia. Cuando dice: “Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” (*Jn 10,35*) declara la inseparabilidad de las Personas. Los triteístas que separan al Padre del Hijo, caen en uno de dos errores. Si afirman que el Padre y el Hijo son coeternos y, sin embargo, los separan, tienen que decir que el Hijo no ha nacido del Padre, y, en consecuencia, tienen que admitir que hay tres dioses, tres principios. Si, por el contrario, afirman que el Hijo es engendrado, y mantienen la separación del Padre, tienen que decir que aquél no es coeterno con éste, y someter al tiempo al que rige los tiempos. Es, pues, necesario sostener que Dios es uno, y confesar la trinidad de las Personas, cada una con sus propiedades, como lo enseña el gran Gregorio, pues “se diferencian sin dividirse, y se unen distinguiéndose”. Por lo cual, se trata de una diferencia o de una unidad extraordinarias. Si así no lo fuera ¿qué tendría de extraordinario el que el Hijo estuviera unido o separado del Padre como puede estarlo un hombre de otro hombre, y nada más?

30. El que tiene perfecta caridad y alcanzó la paz interior, no hace diferencia entre él mismo y los demás, entre fiel e infiel, entre esclavo y libre, y ni aún entre hombre y mujer. Ha superado la tiranía de las pasiones y por eso ve en los hombres su idéntica naturaleza, a todos los considera iguales, y tiene para con todos el mismo afecto. Para él, pues, no hay judío ni griego, no hay varón ni mujer, no hay esclavo ni libre, sino que Cristo es todo en todos (cf. *Ga 3,28*).

31. Las pasiones ocultas en el alma dan asidero a los demonios para que susciten en nosotros pensamientos cargados de pasión. Luego, por intermedio de estos pensamientos atacan el espíritu y lo fuerzan a que acepte el pecado. Una vez que lo han dominado, lo hacen caer en pecado de pensamiento, y cuando ya lo cometió, lo llevan, prisionero al pecado de obra. Tras lo cual, después de hacer asolado el alma por medio de los pensamientos, se retiran junto con éstos. Sólo permanece en el espíritu el ídolo del pecado, del cual dice el Señor: “Cuando viéreis la abominación de la desolación en el lugar santo... el que lea, entienda” (*Mt 24,15*). El lugar santo y el templo de Dios es el espíritu del hombre, en el cual los demonios, tras de asolar el alma con pensamientos, cargados de pasión, instalaron el ídolo del pecado. En cuanto al sentido histórico de esta predicción, me parece que nadie que haya leído a Josefo, puede dudar de su cumplimiento, aunque algunos afirman que esto sucederá en tiempos del Anticristo.

32. Son tres cosas que nos mueven al bien: los móviles de la naturaleza, los santos ángeles y la voluntad bien ordenada. Sucede que nos mueven los móviles naturales cuando por ejemplo hacemos a los demás lo que queremos que nos hagan a nosotros (cf. *Mt 7,12*), o cuando nos compadecemos naturalmente de alguien que vemos en una situación angustiosa o de necesidad. Sucede que nos mueven los santos ángeles, cuando, al emprender una buena acción nos damos cuenta que tenemos una ayuda buena y que podemos realizarla felizmente. Nos mueve la voluntad buena, cuando juzgando entre el bien y el mal, elegimos el bien.

33. También tres son los agentes que nos mueven al mal: las pasiones, los demonios y la voluntad mal ordenada. Nos mueven las pasiones cuando deseamos algo irracionalmente como puede ser, el querer alimentos intempestivamente o sin necesidad, o el tener acceso a la propia mujer sin querer procrear, o a quien no sea legítima esposa. También cuando nos enojamos o entristecemos más de lo conveniente contra alguien que nos ha ofendido o dañado. Nos mueven los demonios cuando, aprovechando nuestro descuido nos asaltan repentinamente con gran vehemencia excitando las pasiones que decíamos u otras semejantes. Nos mueve la voluntad mal ordenada cuando, sabiendo lo que es bueno, elegimos lo malo.

34. Los penosos trabajos de la virtud tienen por recompensa la paz interior y la gnosis (conocimiento). Estos nos hacen alcanzar el Reino de los cielos, así como las pasiones y la ignorancia, el castigo eterno. Si alguien los desea no por el bien que encierran para ser alabados por los hombres, que escuche la Escritura: “Pedís y no recibís, porque pedís mal” (*St 4,3*).

35. Muchas cosas que hacen los hombres son buenas por su naturaleza, pero no por lo que las

motiva. Así, el ayuno, las vigiliyas, la oración, la salmodia, la limosna y la hospitalidad, son obras buenas por su naturaleza. Pero cuando se hacen por vanidad, dejan de ser buenas.

36. En todas nuestras obras, Dios mira la intención, a ver si las hacemos por Él o por otro motivo.

37. Cuando oigas la Escritura que dice: “Tú das a cada uno según sus obras” (Rom 2,6), piensa que Dios recompensa las obras buenas, pero no las que aparentan serlo pero, en realidad, han sido hechas sin recta intención, sino las que han sido hechas con recta intención. Pues, el juicio de Dios no considera los hechos sino la intención con que se hacen.

38. El demonio de la soberbia tiene una doble malicia: le sugiere al monje que se atribuya a sí mismo sus buenas obras, y no a Dios, que es quien da todo bien, y que ayuda a obrar rectamente. Si no lo puede persuadir, le sugiere que desprecie a los hermanos más imperfectos. El que es tentado así, no se da cuenta que se le sugiere negar el auxilio de Dios, pues si desprecia a aquellos que no fueron capaces de obrar rectamente, quiere decir que él cree que obra bien por sus propias fuerzas. Lo cual es totalmente imposible, pues el Señor dijo: “Sin mí nada podéis hacer” (Jn 15,5). Nuestra debilidad, en efecto, es tal que, aunque se mueva a hacer el bien, no puede alcanzar el fin sin Aquel que conduce hacia todo bien.

39. El que tiene conocimiento de la debilidad de la naturaleza humana, ese alcanzó la experiencia del poder de Dios. Fue con su ayuda que él actuó o se esforzó en actuar rectamente, y por eso no desprecia en absoluto a nadie. Sabe, en efecto, que así como lo auxilió a él y lo libró de muchas pasiones y peligros, también podría, si quisiera, auxiliar a todos, especialmente a los que luchan por El, aunque haya dispuesto no librarlos de golpe de todas las pasiones, sino cuando a su debido tiempo como médico bueno y caritativo, a aquellos que se esforzaron.

40. Cuando las pasiones están en calma, aparece el orgullo. Esto sucede por causas desconocidas, o por una retirada dolosa de los demonios.

41. Casi todos los pecados nacen del placer y desaparecen por el sufrimiento y el dolor, voluntario o no, por el arrepentimiento y por las penas que la Providencia, en sus designios, nos envía. “Si nos examinamos bien a nosotros mismos –dice– no seríamos juzgados. Mas al ser juzgados, somos corregidos por el Señor, a fin de que seamos condenados con el mundo” (1 Co 31-32).

42. Cuando de improviso tienes que soportar una prueba, no te preocupes de quién viene, sino trata de conocer el por qué de la misma, entonces te será provechosa. Pues según los designios de Dios venga de uno o de otro, tienes que beber ese cáliz amargo.

43. Puesto que eres inclinado al mal, no rehúyas sufrir el mal, para que éste te humille y tú vomites tu soberbia.

44. Algunas tentaciones son agradables al hombre, otras le producen tristeza, otras dolores corporales. Así, el médico de las almas de acuerdo a su criterio adapta oportunamente el remedio a la causa profunda de las pasiones del alma.

45. Las tentaciones que soportamos tienen por objeto, a veces, la remisión de faltas pasadas, a veces la de faltas actuales, o también la prevención de faltas futuras. Aparte de aquellos males que tienen por objeto probar la virtud, como los de Job.

46. El hombre tentado piensa que lo que Dios dispone es como un remedio para él, y soporta agradecido todos los males que le sobrevienen, pues cree que éstos no tienen otra causa fuera de sus pecados. El insensato, en cambio, desconoce la sapientísima providencia de Dios, y cuando

es corregido por los pecados, culpa a Dios o a los hombres de los males que sufre.

47. Algunas cosas inmovilizan las pasiones y no las dejan crecer, otras, en cambio las debilitan y las reducen. Así el ayuno, el trabajo penoso y las vigias no permiten crecer a la concupiscencia; pero la vida solitaria, la contemplación, la oración y el amor ardiente de Dios, la debilitan y la van eliminando. Lo mismo sucede con la ira: la magnanimidad, el olvido de las injurias, y la dulzura, la detienen y no permiten que crezca; pero la caridad, la limosna, la bondad y el amor a los hombres la van extinguiendo.

48. Cuando el espíritu del hombre está totalmente orientado hacia Dios, hasta su concupiscencia hace crecer su amor ardiente hacia lo divino, y aún su ira se convierte toda en divina caridad. Una prolongada participación de la claridad divina lo vuelve íntegramente luminoso, le permite ejercer su señorío sobre lo que hay de apasionado en él, y lo lleva, como se dijo, a un ardiente amor a Dios y a una caridad inalterable, sacándolo totalmente de lo terrenal y llevándolo a lo divino.

49. No envidiar al prójimo, ni irritarse, ni guardar rencor contra el ofensor, no quiere decir que uno tenga ya caridad para con él, porque es posible no devolver mal por mal porque es una obligación y no por caridad. Pero sin ésta no es posible devolver libremente bien por mal, porque es ya buena disposición de hacer el bien a los que nos odian, es propia de una perfecta caridad espiritual.

50. No amar a alguien no es lo mismo que odiarlo, ni no odiarlo equivale a amarlo, porque se puede tener respecto de él una actitud intermedia, esto es, ni amarlo, ni odiarlo. La disposición de amor sólo puede ser producida por una de las cinco causas –buenas, indiferentes o malas– que se enumeraron en el noveno capítulo de esta centuria.

51. Cuando te des cuenta que tu espíritu se ocupa con gusto en las cosas materiales y se detiene pensando en ellas, reconoce que amas más estas cosas que a Dios, pues dice el Señor: “Donde está tu tesoro, allí está tu corazón” (*Mt 6,21*).

52. El espíritu que permanece unido a Dios por la oración y la caridad, es sabio, bondadoso, fuerte, amante de los hombres, misericordioso y magnánimo. Para decirlo sencillamente, posee en sí mismo casi todos los atributos de Dios. Pero si se aparta de El y se vuelve hacia las cosas materiales se convierte como en una bestia que busca el placer o como una fiera que lucha con los hombres para conseguirlo.

53. La Escritura llama “mundo” a las cosas materiales. Son, pues, “mundanos” los que ocupan su espíritu en el cuidado de estas cosas. A éstos censura la Escritura diciendo: “No améis el mundo ni las cosas del mundo; la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida no vienen de Dios sino del mundo” (*1 Jn 2,15.16*). etc.

54. Es monje aquel que ha apartado su espíritu de las cosas materiales para unirse firmemente a Dios por medio del dominio de sí mismo, de la caridad, de la salmodia y de la oración.

55. El que está en la vida “práctica” es, en sentido espiritual, como uno que se dedica a criar un rebaño, pues, éste es como figura de las buenas obras, por lo cual decía Jacob: “Tus siervos son criadores de rebaños” (*Gn 47,5*).

En cambio el gnóstico es como pastor de ovejas, pues éstas representan a los pensamientos apacentados por el espíritu en los montes de la contemplación. Por eso “todo pastor de ovejas es abominación para los egipcios” (*Gn 46,34*), esto es, para las potencias enemigas.

56. El espíritu depravado, movido por el cuerpo a través de los deseos y deleites, sigue y acepta

sus imaginaciones e impulsos. En cambio el espíritu virtuoso se domina y resiste a estas imaginaciones apasionadas e impulsos; aún más, trata sabiamente de volver buenos a estos movimientos.

57. Hay virtudes que son propias del cuerpo, y otras del alma. Las del cuerpo son: el ayuno, las vigiliias, el dormir en el suelo, el servicio a los demás, el trabajo manual para no gravar a nadie o para hacer limosna, etc. Las del alma son: la caridad, la magnanimidad, la dulzura, la templanza, la oración, etc. Si un obstáculo como el estado de nuestro cuerpo en caso de enfermedad o algo semejante, nos impide practicar las antedichas virtudes del cuerpo, el Señor, que ve las razones, nos excusa. En cambio, no tendremos excusa alguna si no practicamos las del alma, pues éstas no conocen ningún impedimento.

58. Cuando se posee el amor de Dios, éste hace que uno desprecie todo placer y todo trabajo y sufrimiento. Te lo prueban todos los santos que tanto han sufrido por Cristo.

59. Guárdate del egoísmo, que es la madre de todos los malos hábitos y que consiste en un irracional amor al cuerpo. Es evidente que de él nacen los tres primeros, apasionados y más funestos pensamientos insensatos, a saber, la gula, la avaricia y la vanagloria; éstos toman pretexto de las necesidades del cuerpo, y engendran toda una serie de malos hábitos. Debes, pues –como te decía– estar indefectiblemente atento para luchar contra él por medio de una gran temperancia. Si lo eliminas, eliminas con él a todo lo que de él nace.

60. Al monje la pasión del egoísmo le sugiere que tenga compasión de su cuerpo y que le conceda más alimentos de los que necesita; con el pretexto de conducirse y gobernarse sabiamente, lo arrastra de a poco hasta precipitarlo en el abismo del amor al placer. Al mundano en cambio, le propone directamente la idea de entregarse a la concupiscencia.

61. Dicen que el estado más alto de oración se da cuando el espíritu sale de la carne y del mundo para orar de un modo inmaterial y sin formas. Aquel que mantiene intacto este estado, es el que realmente ora sin cesar.

62. Como el cuerpo, al morir, se aleja de todas las cosas de esta vida, así el espíritu que muere en la cumbre de la oración, se aleja de todos los pensamientos del mundo, pues si no muere esta especie de muerte, no puede encontrar a Dios y vivir.

63. ¡Qué nadie te persuada, oh monje, que puedes alcanzar la oración siendo esclavo del placer y de la vanagloria!

64. Como el cuerpo, que peca con los objetos materiales, tiene para corregirse las virtudes corporales que lo hacen sabio, así el espíritu, que peca con los pensamientos apasionados, tiene para corregirse las virtudes del alma, para que sea sabio contemplando las cosas con pureza y sin pasión.

65. Como después de los días llegan las noches, y después de los veranos los inviernos, así después de la vanidad y el placer llegan las penas y sufrimientos, en esta vida o en la futura.

66. El pecador no podrá escapar del juicio futuro si no se impone voluntariamente penas o no acepta con gusto las que le sobrevienen.

67. Dicen que hay cinco razones para que Dios permita que seamos atacados por los demonios. La primera es que siendo atacados y contraatacados, aprendemos a discernir entre la virtud y el vicio. La segunda, para que alcancemos la virtud con la lucha y el esfuerzo, y por eso la conservemos firme y sólidamente. La tercera, para que al adelantar en la virtud no nos envanezcamos, sino que aprendamos a ser humildes. La cuarta, para que, al experimentar la

tentación hacia lo malo, concibamos por él un odio total. La quinta, sobre todo, para que cuando alcancemos la “paz interior”, no nos olvidemos de nuestra propia debilidad, ni del poder de Aquél que nos socorre.

68. El espíritu del hambriento se representa pan, el sediento, el agua; el goloso, variados manjares; el voluptuoso, formas femeninas; el vanidoso, los honores de los hombres; el avaro, ganancias; el rencoroso, la venganza contra el ofensor; el envidioso, la desgracia del envidiado; y lo mismo sucede con los demás vicios. El espíritu atormentado por las pasiones acoge los pensamientos apasionados, ya sea que su cuerpo esté despierto o que duerma.

69. Cuando aumenta la concupiscencia, el espíritu se representa en sueños lo que es materia del placer. Cuando crece la ira ve cosas que crea el miedo. Los impuros demonios, además colaborando con nuestra negligencia fomentan las pasiones excitándolas. Los ángeles, en cambio, las apaciguan, induciéndonos a la práctica de las virtudes.

70. La concupiscencia del alma, frecuentemente excitada, deja un hábito de voluptuosidad en el alma difícil de extirpar. La parte irascible, en cambio, constantemente agitada vuelve al espíritu tímido y cobarde. En el primer caso el remedio es la práctica intensa del ayuno, de las vigiliias y de la oración. En el segundo, la bondad, el amor a los hombres, la caridad y la misericordia.

71. Los demonios acometen por medio de las cosas o por medio de los pensamientos apasionados de las cosas. Por medio de las cosas a los que viven entre ellas, y a los que se han apartado de ellas, por los pensamientos.

72. Cuanto más fácil es pecar de pensamiento que de obra, así es más difícil soportar la guerra de los pensamientos que la de las cosas.

73. Las cosas están fuera del espíritu, en cambio sus representaciones están dentro. Del espíritu, depende el bien o mal uso que se haga de las cosas, pues el mal uso de las cosas sigue al mal uso de las representaciones.

74. El espíritu recibe por tres caminos los pensamientos apasionados: por la sensibilidad, cuando se le presentan a ésta cosas que apasionan, lo cual lleva al espíritu a pensamientos apasionados. Por el estado físico, cuando por una vida desordenada, o por obra de los demonios, o por alguna enfermedad, se altera la constitución del cuerpo, lo cual mueve al espíritu a pensamientos apasionados o contra la Providencia. Por la memoria, cuando ésta trae el recuerdo de cosas que nos apasionan, y mueve, igualmente al espíritu a pensamientos apasionados.

75. Las cosas que Dios nos da para nuestro uso se hallan en nuestra alma, o en nuestro cuerpo, o fuera de él. Así en nuestra alma se hallan sus potencias, en el cuerpo los sentidos y los otros miembros, y fuera del cuerpo el alimento, las riquezas, etc. El usar bien o mal de estas o aquellas cosas les está accidentalmente unidas, es lo que nos hace virtuosos o malos.

76. Aquello que está unido accidentalmente a las cosas puede pertenecer al alma, al cuerpo o a algo fuera del cuerpo. Al alma, el conocimiento o la ignorancia, el olvido, el recuerdo, el amor o el odio, el temor o la ambición, la tristeza o la alegría, etc. Al cuerpo: el placer o el dolor, la sensibilidad o la privación del uso de los sentidos, la salud o la enfermedad, la vida o la muerte, etc. A algo que está fuera del cuerpo: haya prole o ausencia de hijos, riqueza o pobreza, gloria o infamia, etc. Los hombres llaman a estas cosas buenas o malas, pero de por sí ninguna de ellas es mala, sino depende de su uso el que sean propiamente malas o buenas.

77. Aunque el conocimiento es un bien por su naturaleza, lo mismo que la salud, sucede que sus contrarios son para muchos más útiles que éstos. A los negligentes el conocimiento no los lleva al bien, aunque, como dije, éste sea bueno por su naturaleza. Lo mismo sucede con la salud, las

riquezas, o la alegría, que no son usadas con provecho por ellos. Sus contrarios, pues, es lo que les conviene a éstos. De donde resulta que estas cosas, aunque parezcan males, no son males por sí mismas.

78. No hagas mal uso de tus pensamientos, pues necesariamente harás mal uso de las cosas. Si uno no pecara primero de pensamiento, jamás pecaría de obra.

79. La imagen del hombre terrenal la dan los vicios capitales: la necedad, la cobardía, la falta de templanza y la injusticia. La imagen del hombre celestial, las virtudes cardinales: prudencia, fortaleza, templanza y justicia. “Pero así como todos llevamos la imagen del hombre terrenal, llevamos también la imagen del celestial” (1 Co 15,49).

80. Si quieres llevar el camino que conduce a la vida, lo hallarás si buscas a Aquel que dijo: “Yo soy el camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6). Pero búscalo con entusiasmo y soportando las dificultades, porque “pocos son los que lo hallan” (Mt 7,14), no sea que seas excluido de esos pocos y te halles entre los muchos.

81. Por cinco cosas el alma es apartada de los pecados: por el respeto humano, por el temor al juicio, por la futura recompensa, por el amor de Dios, y, finalmente, por la conciencia herida.

82. Algunos dicen que no existiría mal en las cosas si no hubiera otra “potencia” que nos lleva hacia el mal. Pero esta potencia no es otra cosa sino la negligencia del espíritu que no obra de acuerdo a la naturaleza. Por eso, los que atienden a su modo de obrar hacen siempre el bien y nunca el mal. Si, pues, quieres también tú apartar tu negligencia, aparta con ella tu malicia, es decir el mal uso de los pensamientos y su secuela, el mal uso de las cosas.

83. Según el orden de la naturaleza, la parte razonable que hay en nosotros debe estar sometida al Verbo divino, y, a su vez, debe imperar sobre la parte irracional que hay en nosotros. Si este orden se conserva en todo, no habrá mal en el mundo, ni se hallará nada que lleve hacia el mal.

84. Algunos pensamientos son simples, otros complejos. Los simples son pensamientos sin pasión alguna, los complejos, en cambio, son pensamientos apasionados, compuestos de pasión y de representación. Supuesto esto, es de notar que muchos pensamientos simples acompañan a los compuestos en el primer movimiento del pecado de pensamiento. Pongamos el caso del dinero: Al surgir en la memoria un pensamiento apasionado por el oro, la mente es incitada al robo y el pecado es consumado en el espíritu. Al recuerdo del oro le acompañan el recuerdo de la bolsa, del cofre, del cuarto, etc. El recuerdo del oro es complejo porque contenía una pasión; pero el de la bolsa, del cofre, etc., simple, ya que el espíritu no tenía respecto de éstos, pasión alguna. Lo mismo sucede con todo otro pensamiento como el de vanagloria, el deseo de una mujer o de otras cosas. No todos, pues, los pensamientos que acompañan al pensamiento apasionado son apasionados, como lo muestra lo dicho. Esto permite entender cómo es la naturaleza de los pensamientos apasionados y de los pensamientos simples.

85. Algunos dicen que los demonios tocando, durante el sueño, las partes genitales, provocan la pasión de la lujuria. La cual, ya excitada, suscitará en el espíritu, por medio de la memoria, la imagen femenina. Otros dicen que apareciéndose al espíritu bajo forma de mujeres, tocaría las partes genitales para mover el apetito, y así producirían las imágenes. Otros, al contrario, dicen que la pasión que domina al demonio que se acerca es la que mueve nuestra pasión, y de este modo el alma, al tener las imágenes en su memoria, es atada a los pensamientos. Lo mismo se podría decir de todas las imágenes apasionadas y explicarlas de un modo u otro. Pero ciertamente, los demonios no son capaces de excitar la pasión de ninguna de las formas antedichas, esté el cuerpo despierto o dormido, si el alma posee la caridad y la templanza.

86. Algunos preceptos de la ley deben guardarse espiritual y materialmente, otros sólo

espiritualmente. Así por ejemplo “No cometerás adulterio, no matarás, no hurtarás” (*Ex* 20,13-15) y otros semejantes, deben guardarse material y espiritualmente. En cambio la circuncisión, el descanso sabático, la inmolación del cordero, la comida de panes ácimos y hierbas amargas, y otras cosas semejantes, deben guardarse sólo espiritualmente.

87. Existen tres estados fundamentales en el desarrollo moral del monje. El primero es cuando éste no comete pecados de obra; el segundo, cuando no se detiene en los pensamientos apasionados; el tercero, cuando puede mirar con la mente, sin pasión alguna, las figuras femeninas o de aquellos que lo han ofendido.

88. Pobre es aquel que ha renunciado a todos sus bienes, y no posee nada en absoluto sobre la tierra a excepción de su cuerpo, del que ha combatido su naturaleza, confiando a Dios y a hombres piadosos, el gobierno de sí mismo.

89. Entre los ricos, hay ciertamente algunos que poseen sin pasión, no se afligen cuando sus bienes son saqueados, sino que lo reciben con alegría. Otros poseen con pasión, porque al ser despojados inmediatamente se entristecen como el rico del evangelio que se fue entristecido. Así, despojados, se afligen hasta la muerte. Sin duda es en la privación donde se prueban las disposiciones, si ellas son sin pasión o apasionadas.

90. Los demonios rondan en torno de los que oran en alto grado, para que no reciban con simplicidad las representaciones de los sentidos. A los gnósticos, para que se instalen en ellos los pensamientos pasionales; a los que combaten en la vía práctica, para persuadirlos a cometer un pecado de acción. Para todos ellos tienen los demonios un modo de combatir, para alejarlos de Dios.

91. Los que a lo largo de esta vida la divina Providencia prueba deben pasar por estas tres pruebas: la de las cosas placenteras, salud, belleza, la alegría de los hijos, fortuna, gloria y otras semejantes. La de los que padecen aflicción, cuando pierden hijos, fortuna y gloria. La de los que sufren por las enfermedades o los suplicios el dolor del cuerpo. A los primeros se aplica la palabra del Señor: “Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío” (*Lc* 14,33). A los otros dos: “Con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas” (*Lc* 21,19).

92. Hay cuatro fuerzas que modifican el estado del cuerpo, originando pensamientos pasionales o sin pasión. Estas son: los ángeles, los demonios, la atmósfera y los alimentos. En efecto, los ángeles modifican el cuerpo por la palabra, los demonios por contacto, la atmósfera por sus variaciones, el alimento por la calidad de las comidas y bebidas, y por su abundancia o poquedad. También el alma padece modificaciones a causa de la memoria, del oído y de la vista, que la afectan directamente por lo que le acontece, sean castigos o alegrías. El alma padece estas impresiones, mientras que en los primeros casos, es la modificación del cuerpo la que produce los pensamientos.

93. La muerte en sentido propio es la separación de Dios; el aguijón de la muerte es el pecado (*I Co* 15,56). Adán al consentir al pecado se alejó tanto del árbol de la vida como de Dios, y consecuentemente conoció la muerte del cuerpo. La vida propiamente dicha, es aquel que dijo: “Yo soy la vida” (*Jn* 14,6), aquel que lleva a la vida a los que estaban muertos.

94. La palabra se escribe sea para que se recuerde lo escrito, sea como ayuda, o bien para ambas cosas. Sea para daño de algunos o para alentar, sea, también, por necesidad.

95. La virtud es el campo de pastoreo, el conocimiento de los seres, el agua de reposo.

96. La sombra de la muerte es la vida humana. Quien está con Dios, y Dios está con él, éste

puede decir: “Cuando marche en la sombra de la muerte, no temeré ningún mal, porque tú vas conmigo” (*Sal 23,4*).

97. El espíritu puro ve las cosas con rectitud; la palabra proferida las expresa con claridad; el oído límpido las acoge. El que está privado de las tres cualidades, se une a los que hablan.

98. Aquel que conoce a la Santa Trinidad, a sus obras y a su Providencia, y que la parte pasional de su alma ha adquirido la paz, ese, está con Dios.

99. La vara significa el juicio de Dios, el cayado su Providencia. En efecto, cuando se llega al conocimiento de ambos, se puede decir: “Tu vara y tu cayado me sosiegan” (*Sal 22,4c*).

100. Cuando el espíritu se ha despojado de las pasiones, y ha sido iluminado por la contemplación de los seres, entonces puede acercarse a Dios y orar.